

## CAPÍTULO 31. CARTA N° 31.

Jamás habría pensado que fuese usted capaz de reñir de esta manera, amiga respetabilísima. Usted pide claridad, nada más que claridad. ¿Claridad? Si a mí me resultase clara la cuestión del Ello, creería ser el mismo Dios. Permítame usted que piense de mí de una manera más modesta.

Si usted permite voy a volver sobre como llegué a convertirme en un discípulo de Freud. Una vez que la señorita G. me hubo nombrado su médico-madre, se hizo más confiada. No oponía dificultades a todos los manejos a que la sometían mis masajes, pero seguía siendo difícil hablar con ella. Poco a poco me fui acostumbrando -por puro juego, me parecía a mi- a su circunloquial manera de expresarse, y he aquí que, después de algún tiempo, empecé a darme cuenta, para mi propia admiración, de que ahora veía cosas que antes no había visto. Empecé a conocer el símbolo. Tiene que haber ido todo muy despacio porque no recuerdo en que ocasión comprendí por primera vez que una silla no es una silla, sino el mundo entero, que el dedo pulgar es el padre, que puede ponerse botas de siete leguas, y luego, como índice enarbolado, ser símbolo de la erección; que una estufa encendida significa una mujer muy pasional, y el tubo, el hombre, y que el color negro del tubo es causa de unos terrores indescriptibles, pues en lo negro se ve a la muerte, y esta inocente estufa encarna el comercio sexual entre un hombre difunto y una mujer viva.

¿Qué más le voy a decir? Se apoderó de mí un entusiasmo como ni antes ni después volví a experimentar. El símbolo fue lo primero que yo aprendí de la sabiduría analítica y, desde entonces, no me ha abandonado jamás. Tengo a mis espaldas un largo camino de catorce años, y si miro hacia atrás, me encuentro con que está lleno de hallazgos de la simbología, embrolladamente lleno, maravillosamente variopinto y de una variedad caleidoscópica. La violencia con que me transformó esta mi intuición de los símbolos tiene que haber sido enorme, pues ya en las primeras semanas me llevó a buscar el símbolo de las alteraciones orgánicas externas, en lo que se llama enfermedades físicas orgánicas. El que la vida psíquica está constituida por un continuo simbolizar me resultaba tan natural, que reprimí impacientemente toda la masa de nuevos sentimientos e ideas que se agolpaban en mi mente para estudiar a toda prisa los efectos de la representación simbólica de las enfermedades orgánicas. Y estos efectos resultaron ser para mí verdaderamente mágicos.

Piense usted que yo llevaba veinte años de actividad médica dedicada exclusivamente -siguiendo a Schweningen- a enfermos crónicos y desahuciados. Sabía de sobra lo que se podía conseguir con mi práctica anterior, y, por eso, atribuí sin más el plus en éxito que ahora me acompañaba a mis nuevos conocimientos sobre los símbolos, que yo dejaba soplar sobre los enfermos como viento de tempestad. Fue un tiempo hermoso.

A la vez que conocía a los símbolos, mi enferma me llevó a dar prácticamente con otra de las propiedades características del humano pensar: la tendencia a asociar. Es posible que en todo ello haya habido influjos de diferente procedencia, como revistas, comunicaciones orales, chismes, pero lo esencial procede de la señorita G. También con las asociaciones hice enseguida felices a mis enfermos. De ello se me han quedado pegadas suficientes cosas en mis costumbres médicas como para no dejar de cometer errores, pero en aquel entonces todo me parecía muy bien.

Mientras, fueron bien las cosas. Qué pronto hubo retrocesos. Determinadas y misteriosas fuerzas se levantaban de repente y me prohibían seguir adelante. Mas tarde, bajo el influjo de Freud, me di cuenta de que se trataba de lo que llamamos resistencias. Aconteció que caía otra vez en el sistema de dar órdenes, pero fui castigado con el fracaso y, por fin, aprendí bastante bien a abrirme paso. Al fin y al cabo los éxitos superaban las esperanzas y, cuando estalló la guerra, me había hecho ya con una metodología que, al menos,

respondía a las exigencias de mi praxis. Luego, durante el par de meses que pasé en el hospital militar, pude probar mi dilectante y desenfrenado analizar -que, por lo demás, hasta el día de hoy conservo- en heridos y, así, comprobar que la herida o las fracturas de huesos reaccionan de la misma manera al análisis del Ello que las nefritis, las cardiopatías o las neurosis.

Hasta aquí todo suena bonito y agradable y creíble. Pero en medio de esta evolución hay algo muy enigmático: un ataque público a Freud y al psicoanálisis. Usted lo puede hallar aún impreso en un libro que trata del hombre sano y del enfermo. Siempre me he preciado de haber aprendido el psicoanálisis de la señorita G., y me precio de ello todavía. Pero no puede ser cierto, pues ¿cómo, si no, puedo haber yo conocido el nombre de Freud en una época en la que presuntuosamente no sabía nada de él? De que yo no tenía idea exacta de lo que él era dan testimonio las cosas que escribí. Y no puedo imaginarme tonterías mayores que esas. ¿Pero dónde, por todos los dioses, estaban las campanas que yo había oído? Recién hace muy poco tiempo me he dado cuenta. La primera idea de ello la tuve yo muchos años antes de conocer a la señorita G. a través de un artículo en el periódico, y la segunda vez que oí el nombre de Freud y la expresión psicoanálisis fue a través de la charla de un enfermo que había adquirido sus conocimientos Dios sabe donde.

Mi vanidad no me ha permitido durante mucho tiempo ocuparme del psicoanálisis científico. Más tarde traté de reparar esta falta y espero haberlo conseguido pasablemente bien, aun cuando aquí y allá quedan todavía yerbas sin escardar en mi pensar y actuar psicoanalítico. Pero la cabezonería de no querer aprender tiene también sus ventajas. A través de ese ciego tantear, no estorbado por conocimientos previos, llegué por casualidad a la idea de que, análogamente a lo que acontece con el pensar cerebral, puede haber también un inconsciente semejante en otros órganos, células, tejidos, etc., y que, estando íntimamente unidos todos estos inconscientes particulares en un organismo, se podría ejercer un influjo curativo sobre todos estos seres particulares analizando el inconsciente cerebral.

No crea usted que me siento nada bien mientras escribo estas frases. Tengo el oscuro presentimiento de que ni siquiera van a ser capaces de resistir su amable crítica, cuanto menos un examen severo por parte de la ciencia. Como a mí siempre me ha resultado mucho más fácil afirmar que demostrar, me agarro ahora también a la afirmación y digo: por medio del análisis es posible influir sobre toda la enfermedad del organismo, siendo indiferente el que se le dé el nombre de psíquica o de física. Es simple cuestión de conveniencia el que, en cada caso, se proceda analítica, quirúrgicamente o por procedimientos de fisioterapia, que se utilice un régimen dietético o medicamentoso. De por si no hay ningún campo de la medicina en la que no se pueda aprovechar el descubrimiento de Freud.

El haberme usted llamado la atención, querida amiga, sobre el hecho de que soy un médico y tengo una praxis, de que me llamo doctor, y el haberlo hecho de una manera tan enérgica, me obliga a hablar un poco más de las enfermedades, de cómo me figuro su origen y su curación. Pero primero tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a llamar enfermedad. Creo que no debemos preocuparnos de lo que otras personas entienden por ello. Nosotros establecemos nuestro propio concepto. Y ya es una manifestación vital del organismo humano. Tómese usted tiempo para reflexionar sobre si quiere estar de acuerdo con esta fórmula o no. Y mientras tanto, permítame usted que obre como si estuviese de acuerdo.

Quizá no considera usted muy importante esta cuestión. Pero si usted, como yo, se hubiese esforzado a lo largo de treinta años, día por día, en hacer comprender a tantos y tantos hombres esta sencilla frase y hubiese hecho la experiencia, día por día y durante treinta años, de que no quiere entrar en sus cabezas, me daría usted razón ante el hecho de que le dé tanta importancia a que, al menos, usted la entienda.

Para quien, como yo, es la enfermedad una manifestación vital del organismo, no verá ya en ella a un enemigo. Ya no se le ocurrirá más el combatir la enfermedad, no pretenderá curarla, y ni siquiera tratarla. Sería para mí igualmente absurdo tratar la enfermedad que pretender corregir el carácter burlón que usted tiene transcribiendo limpiamente las pequeñas maldades de sus cartas en otros tantos piropos, sin hacerle a usted siquiera comunicación de ello.

Desde el momento en que me doy cuenta que la enfermedad es una creación del enfermo es para mí lo mismo que su manera de andar, de hablar, que los gestos de su rostro, el movimiento de sus manos,

los dibujos que realiza, la casa que ha construido, el negocio que ha concluido o el derrotero que siguen sus pensamientos: un símbolo muy digno de consideración de los poderes que en él dominan y que yo trataré de influir si lo considero conveniente. La enfermedad no es ya algo anormal, sino algo que está condicionado por la naturaleza de esa persona que está enferma y que quiere someterse a mi tratamiento. Hay una diferencia en el hecho de que las creaciones del Ello que solemos llamar enfermedades pueden ser, en determinadas circunstancias, desagradables para el autor mismo de ellas o para su entorno. Pero, a fin de cuentas, también una voz chillona o una escritura ilegible pueden resultar insoportables para el hombre y sus semejantes, y una cosa mal construida está igualmente necesitada de transformación que un pulmón aquejado de pulmonía, de modo que, después de todo, no hay ninguna diferencia esencial entre una enfermedad y el hablar, el escribir o el construir casas. Con otras palabras, no puedo decidirme a proceder con un enfermo de una diferente a como habría que proceder con uno que escribe mal, habla mal o construye defectuosamente. Trataré de enterarme de por qué y con qué objeto su Ello se vale de un hablar, escribir o construir defectuosos o de una enfermedad y lo que con ello quiere decir. Me voy a informar en él, en el Ello mismo, de cuáles son las razones que lo llevan a ese su comportamiento, desagradable para mí y para él; voy a conversar con él y ver lo que hace. Y si no basta una conversación, la repetiré diez, veinte, cien veces, hasta que comience a aburrirse de ellas y, o cambia sus procedimientos u obliga a su criatura, al enfermo, a apartarse de mí, bien sea interrumpiendo el tratamiento o muriéndose.

Ahora bien, concedo que puede ser necesario, y mayormente lo es, el transformar cuanto antes una casa defectuosamente construida o bien destruirla, el meter a la cama a un enfermo de pulmonía y cuidarlo, el apartar el agua de un hidrópico que tiene, por ejemplo, digital; el poner bien en su lugar un hueso fracturado e inmovilizarlo, el amputar un miembro atacado de gangrena. Es más, tengo incluso fundadas esperanzas en que un arquitecto cuya construcción inmediatamente después de entregarla al inquilino es necesario transformarla o derribarla entrará en sí mismo, reconocerá sus faltas, las evitará en el futuro o abandonará su profesión. Tengo fundadas esperanzas en que el Ello, si es que su propio producto, los pulmones o los huesos, está dañado y, como consecuencia, sufre dolores y padecimientos, acabará siendo razonable y aprenderá algo para el futuro. Con otras palabras, el Ello puede llegar a convencerse a sí mismo, a través de la experiencia de que es una tontería exhibir sus potencialidades en la producción de enfermedades, en lugar de invertir las en la composición de una canción, en la puesta en marcha de un negocio, en un aligeramiento del vientre o en un acto sexual. Pero todo esto no me exime a mí, cuyo Ello me ha convertido en médico, de la necesidad de escuchar de vez en cuando las razones del patófilo Ello de mis semejantes, respetarlas como se merecen y, donde es necesario y posible, rebatirlas.

El asunto es suficientemente importante como para que lo miremos también desde otros puntos de vista. Por lo general estamos acostumbrados a buscar las causas de nuestras vivencias en el mundo interior o en el exterior, según nos plazca. Cuando resbalamos en la calle buscamos y encontramos la monda de naranja, la piedra, la causa exterior que nos ha producido la caída. Si, por el contrario, cogemos una pistola y nos metemos una bala en la cabeza somos de la opinión de que lo hacemos por razones internas e intencionadamente. Cuando alguien coge una pulmonía le echamos la culpa a una infección originada por neumococos, pero cuando nos levantamos de la silla, vamos por el cuarto y sacamos morfina del armario para tomárnosla nos imaginamos que estamos obrando por razones internas. Yo pretendo siempre saber las cosas mejor que los demás, como usted sabe, y cuando alguien me puso delante de mis narices la monda de naranja que, contra toda policía, estaba en la calle y había originado la fractura del brazo de la señora Lange me fui hacia ella y le pregunté: “¿Qué es lo que pretende usted con fracturar el brazo?” Y cuando alguien me contó que el señor Treiner se tomó ayer morfina porque no podía dormir, me fui al señor Treiner y le pregunté: “¿Cómo y por qué medio llegó a cobrar en usted ayer tanta fuerza la idea “morfina” que le quitó a usted el sueño para podérsela tomar?”. Hasta el presente siempre ha habido respuestas a tales preguntas, cosa que, por otra parte, no es nada extraña. Todas las cosas tienen dos lados, así pues, desde los dos se las puede mirar, y, con un poco de esfuerzo, uno encontrará que para todos los acontecimientos de la vida hay dos causas, una interna y otra externa.

Este deporte del querer saber siempre saber mejor las cosas ha tenido consecuencias singulares. Yo

siempre me he sentido más tentado por buscar la causa interna, en parte por haber nacido en una época en que se hablaba del bacilo y sólo del bacilo, si es que ya no se seguía adorando las palabras resfriado y estropearse el estómago, en parte también porque muy pronto -como consecuencia de mi soberbia “maligna”<sup>1</sup>- fue tomando cuerpo en mí el deseo de encontrar un Ello, un dios, a quien poder hacer responsable de todo. Pero como yo no estaba tan mal educado que fuese a reivindicar la omnipotencia únicamente para mí, se la concedí también a los demás hombres, encontré también para ellos el tan escandaloso Ello y, desde este momento, pude afirmar: “La enfermedad no viene de fuera, el hombre mismo se la crea, sólo que utiliza el mundo exterior como instrumento para enfermar, escoge, de todo el inagotable arsenal que hay en el mundo, hoy la espiroqueta de la sífilis, mañana una cáscara de naranja, pasado mañana una bala de pistola, y, al día siguiente, un resfriado con el fin de hacerse con el padecimiento. Siempre lo hace con la intención de acrecentar el placer, pues el hombre, por naturaleza, encuentra alegría en el dolor; el hombre, por naturaleza, se siente culpable y quiere alejar el sentimiento de culpa a través de la autopunición o bien quiere evitar cualquier incomodidad. Mayormente no es consciente de todas estas cosas extrañas, es más, en realidad todo esto es decidido y realizado en las profundidades del inconsciente, en las que jamás podemos penetrar con nuestra mirada. Pero entre las insondables capas del Ello y nuestro humano sentido común hay determinadas capas del inconsciente que son asequibles a la conciencia a las que Freud da el nombre de concienciables y en las que se pueden encontrar toda clase de cosas bonitas. Y lo más extraño es que, si uno se pone a revolverlas, resulta que no es nada raro que de repente aparezca lo que llamamos curación. Sin entender lo más mínimo de cómo todo esto se realiza, por casualidad, sin merito ni merecimiento de nuestra parte. Tengo que repetirlo siempre de nuevo.

Para terminar, según vieja costumbre, una historia o, mejor, dos. La una es bastante simple, y usted va a encontrar ridículo el que yo le dé importancia. Dos oficiales conversan en la trinchera, hablan de casa y de lo hermoso que sería recibir el tiro que proporcionaría el necesario permiso de unas semanas. Uno de ellos no se contenta con esto, prefiere una herida suficiente para que no lo vuelvan a mandar a frente y cuenta el caso de uno de sus camaradas que recibió un tiro en el codo del brazo derecho y, como consecuencia, fue declarado inútil. “No me vendría mal a mí una cosa semejante”. Media hora más tarde le alcanza a él mismo un tiro en la articulación del codo del brazo derecho. La bala lo alcanzó en el momento en que levantaba el brazo para saludar. Si no hubiese saludado, la bala habría pasado de largo. Y no tenía necesidad de saludar, pues al camarada a quien saludó lo había encontrado ya tres veces en las últimas dos horas. Usted no necesita darle importancia a la cosa. Basta con que yo saque mis consecuencias. Y como yo he tenido la prudente intención de encontrar lo más a menudo posible una relación íntima entre la herida y el deseo del Ello de ser herido, no me ha resultado difícil convencer a la gente de ello. Basta.

Otro señor se presentó a mi consulta bastante después de la guerra. No importa por qué razón. Entre otras cosas, era víctima de cortos ataques de epilepsia, y al describirme tales ataques me contó la siguiente historia: Estaba harto del frente y le daba vueltas a la idea de cómo lograr, sin graves consecuencias, escapar del fregado. Entonces se le ocurrió -y esta ocurrencia no fue casual, sino provocada por impresiones inmediatamente previas, cuya enumeración nos llevaría demasiado lejos-, entonces se le ocurrió el recordar cómo, en el penúltimo curso de bachillerato, fue obligado por su padre, que era un hombre muy severo, a esquiar, lo incómodo que ello le resultaba y como había envidiado a su compañero que, esquiando, se había roto una rodilla, y, como consecuencia, durante meses permaneció sin ir al colegio. Dos días más tarde se encontraba, como jefe de batería, en el puesto de observación. Su batería estaba bajo fuego de tres baterías francesas: una ligera, que se quedaba demasiado corta; una mediana, que disparaba demasiado hacia la izquierda, y una pesada, cuyas granadas caían en espacios regulares de cinco minutos precisamente entre su batería y el puesto de observación donde él estaba. Si el señor Tal y Tal abandonaba su puesto inmediatamente después de haber explotado la granada podía llegar sin dificultad a su batería, cosa que hizo por dos veces. Entonces llegó una orden del que estaba detrás y en un puesto seguro de que la batería del señor Tal y Tal tenía que cambiar de sitio. Se enfadó no poco con la orden, añoró una vez más el tiro liberador que lo llevaría a su casa y abandonó -sí, debo creer lo que me dijo y lo creo-, y abandonó su protección precisamente en el momento en que había ya transcurrido la bien conocida pausa de cinco minutos entre granada y granada. El resultado fue satisfactorio: dos segundos más tarde había caído al suelo con la

rodilla derecha destrozada, le dio su ataque y, una vez recobrada la conciencia, fue llevado a retaguardia. Naturalmente es una casualidad. ¿Quién podría dudarlo? Pero la cosa tuvo su epílogo, y por eso le cuento a usted la historia. Al señor Tal y Tal le quedó, desde entonces, la pierna rígida. No rígida del todo, pero sí tal que, actuando sobre la articulación, esta se dejaba doblar hasta que, a un ángulo de unos 20 grados, chocaba con una resistencia. Esta resistencia se debía, según el testimonio autorizado de personas que deberían saberlo, pues se trataba de cirujanos y especialistas en rayos X que, en parte, eran de renombre, a una mala formación de la cicatriz de la rótula. Un día, después de haberme contado la historia, el señor Tal y Tal podía doblar su rodilla en 26 grados, los próximos días siempre algo más, hasta que, después de ocho días, podía montar tranquilamente en bicicleta. Y nada se había hecho en su rodilla, a excepción de que él había hablado de ella y se había llamado la atención sobre los extraños procedimientos curativos del Ello. Lo que no aprendió fue a ponerse de rodillas. Y es una lástima. Su madre es una mujer muy piadosa y le gustaría que aprendiese de nuevo a rezar, lo que con tanto interés hacía de niño. Pero parece que todavía está demasiado descompuesto con su padre, a cuya imagen y semejanza se construyó su Dios, como para doblar las rodillas delante de él.

Voy a contarle todavía otra cosa: Últimamente me visitó un señor joven que desde hacía tiempo se encontraba bajo mi tratamiento. Era presa de unos temores horribles que lo perseguían día por día. Cuando se presentó en mi consulta sabía ya que se trataba del miedo a ser castrado, y en seguida, al principio, me empezó a contar un sueño de la infancia. Dos ladrones entran en la caballeriza de su padre y castran a su caballo preferido, un caballo negro. Hay que notar que este señor tenía, a diferencia de sus dos hermanos, el pelo totalmente negro. Siendo aún un niño -creo que con nueve años- cogió un resfriado crónico y no pasó mucho tiempo hasta que le operaron un trozo del tabique nasal. Conozco el tema. Se trata de una artimaña del Ello para castrar simbólicamente al padre. Y diez años más tarde se hizo amputar, sin razón alguna, los dos dedos meñiques de los pies. Lo que hizo fue castrar en símbolos a sus dos hermanos. Pero no le sirvió de nada; sus temores no le abandonaron. Consiguieron que lo dejaran en paz después de un análisis penoso que duró años. Divertido en todo esto es el hecho de que este señor goza vivamente con la fantasía de ser una mujer, y, sin embargo, le gustaría especialmente ser activo en forma heterosexual. Ha preferido volver contra padre y hermanos su deseo de ser castrado, de convertirse en mujer, y expía este mal deseo con la operación de los dedos y la nariz y con el miedo.

El Ello hace cosas extrañas: provoca la curación, provoca la enfermedad, impone amputaciones de miembros sanos y hace que los hombres corran en busca de las balas que los han de alcanzar. En fin, es una cosa caprichosa, incontrolable y divertida.

Cordialmente,

PATRIK

(Endnotes)

1.- “Maligna”, o sea, según notas anteriores, “de Troll”, “del maligno”. (N. del T.)

*Volver News-3 ALSF*